



Imagen: San Martín renunciando a la espada, fresco en la Iglesia de San Francisco de Asís (Italia), alrededor de 1321.

Vida de San Martín e historia de su culto en Añora (II)

por Antonio MERINO MADRID,
Cronista Oficial de Añora

Resumen de lo publicado: San Martín de Tours nació hacia el año 316 en Sabaria, una ciudad situada en la frontera del imperio romano de Occidente, en la provincia de Panonia, que, a orillas del Danubio medio, actualmente forma parte de Hungría. Su padre, un oficial del ejército romano, le obligó a prestar juramento en el ejército a la edad de quince años, aunque el muchacho había manifestado su rechazo por la profesión de las armas. Durante una de sus rondas de vigilancia nocturna, estando en pleno invierno, Martín encontró a un pobre semidesnudo e inmediatamente, tomando la espada, dividió en dos su propia capa militar y le dio la mitad al menesteroso.

Capítulo 2. Martín evangelizador

Tras su abandono de la milicia, Martín viajó a Roma en compañía de Maximino, obispo de Tréveris, y, muerto este prelado en 348, se unió a su hermano, Majencio, obispo de Poitiers, ciudad que por entonces era un importante centro religioso de la Galia. Al sucederle en el cargo Hilario, elegido obispo de esa ciudad en el 350, Martín continuó al servicio de éste. Hilario, hombre de gran prestigio en la Iglesia Occidental, lo acoge bien y entre ellos se desarrolla una gran amistad. El obispo quería vincular al ex-oficial a su Iglesia en calidad de diácono, pero Martín lo rechazó y sólo aceptó el nombramiento de exorcista, cargo con el que se inició en el estudio de las cosas de Dios bajo la dirección de un incomparable maestro.

Al modo en que antiguamente eran mostradas a los hombres las voluntades divinas, una noche soñó que debía convertir a sus ancianos padres. El sueño le produjo gran inquietud y decidió dejar al obispo, prometiéndole volver, y partir hacia la Panonia, con el presentimiento de que le aguardaban muchas pruebas y vicisitudes. En

primer lugar, atravesando los Alpes, fue capturado por unos bandidos que querían asesinarlo y consiguió escapar de milagro, evangelizando y convirtiendo a uno de ellos. Cuando hubo sobrepasado Milán, se cuenta en sus biografías legendarias que encontró al demonio, quien se presentó bajo forma humana y le preguntó que a dónde se dirigía. "Donde el Señor me llama", respondió Martín. "Bien -dijo el otro-, donde tú vayas, cualquier cosa que tú emprendas, el diablo te combatirá". Pero entonces el santo recitó este versículo de las Sagradas Escrituras: "El Señor es mi apoyo, no temo lo que me puede hacer el hombre" (Psmo. CXVII) y al instante desapareció el enemigo de su presencia. Llegado finalmente a Panonia, vuelve a ver a sus padres y fácilmente convierte a su madre, pero no así a su padre, profundamente convencido de sus creencias.

En toda la región dominaba en ese momento una de las muchas herejías que produjo la Edad Antigua de la Iglesia, la cual ahora era favorecida por el emperador Constancio y a la que los obispos se habían adherido: el arrianismo. Esta doctrina planteaba el problema de la naturaleza del Dios Hijo en relación con el Dios Padre y había sido formulada por Arrio, un sacerdote de Alejandría que se negaba a admitir el dogma de la eternidad del Verbo, pues el Hijo, engendrado por el Padre, habría tenido, según él, un principio necesariamente y, por tanto, ambos no serían de la misma naturaleza. Para resolver la cuestión de si en Cristo había una sola sustancia o dos, el emperador Constantino, como cabeza de la Iglesia de la que ya era considerada religión oficial del imperio, había convocado en el 325 el Concilio de Nicea, que condenó a Arrio y restableció la unidad religiosa. Sin embargo, el arrianismo siguió vivo y cuando Constancio II, hijo de Constantino, llega al poder, lo convierte en religión oficial, y lo sería hasta que el reinado ▶

◀ de Juliano vuelva a restaurar en el 360 el paganismo primitivo.

Martín luchó cuanto pudo y casi solo contra las herejías arrianas; injuriado, amenazado con el látigo en público, debió dejar la región y se trasladó a Milán, donde supo que el arrianismo después del concilio de Beziers triunfaba también en la Galia y que Hilario de Poitiers, que también dedicaba toda su actividad eclesiástica a la defensa de la ortodoxia frente a los arrianos y al emperador Constancio, había sido desterrado a Frigia. Permaneció entonces en Milán y se estableció a las puertas de la ciudad en un eremitorio. El obispo arriano Aujencio comenzó a perseguirlo y logró expulsarlo. Martín se retiró entonces a la isla de Gallinaria (hoy Albenga, en la costa ligur), junto con un sacerdote amigo suyo, con el cual compartió la vida monástica. Se alimentaba de raíces y yerbas, y en una ocasión se tomó una semilla venenosa de heléboro. Pero se cuenta que al sentir la fuerza del veneno, a punto de perder la vida, ahuyentó con la oración el inminente peligro, y el dolor fue aplacado.

Un día, al inicio del 360, enterado de que Hilario volvía del exilio, marchó rápidamente a su encuentro en Poitiers, donde es acogido con gran alegría y nombrado diácono y luego sacerdote. Martín, sin embargo, convence fácilmente al obispo de Poitiers para que lo deje vivir fuera de la ciudad, donde habría podido cumplir su sueño, manifestado ya desde su primera juventud, de llevar una vida eremítica y de evangelizar a los paganos que vivían en el campo.

Hilario, gran entusiasta de la vida monástica de Oriente, que había conocido en su destierro, permite a su clérigo que se retire a una villa que poseía a algunas millas de Poitiers. Allí Martín vivió como un monje, bien pronto rodeado de discípulos y evangelizando a quienes habitaban en su entorno. Este fue el origen del monasterio de Ligugé, el más antiguo de toda Europa, fundado por Martín y otros compañeros hacia el 360. Probablemente en ese mismo lugar había un centro para la preparación de catecúmenos y un baptisterio campestre.

En aquel tiempo, según el hagiógrafo Septimio Severo, Martín hace sus primeros milagros. En primer lugar habría resucitado a dos muertos: un catecúmeno que había fallecido súbitamente en su ausencia y después un joven esclavo que se había ahorcado en una finca de las proximidades.

Así los cuenta Severo:

"Por este tiempo se le unió un catecúmeno, deseando ser instruido en la norma de vida del santo. A los pocos días, presa de una enfermedad, fue trabajado por la violencia de la fiebre, en circunstancias en que Martín había salido. Al regresar, tres días después, halló su cuerpo sin vida, y de tal modo se había precipitado la muerte, que dejó este mundo sin haber podido recibir el bautismo.

"A este tiempo en que el cadáver se hallaba expuesto en público y cuando los hermanos, sumidos en la mayor tristeza, rezaban el oficio, llorando y sollozando, se acercó Martín. Sintiendo entonces al Espíritu Santo en toda su mente, ordena que salgan todos del recinto en el que se hallaba tendido el cuerpo, y, a puertas cerradas, se abate sobre los miembros inertes del difunto hermano, y, como hubiera en esa forma transcurrido algún tiempo, y sentido por el Espíritu del Señor la presencia de la vida, levántase poco a poco y fija la mirada en el rostro del difunto, esperando, intrépido, el resultado de su oración y de la misericordia divina.

"Apenas se habrían pasado dos horas, notó que el difunto movía con suma lentitud todos sus miembros y que abría y cerraba los ojos como para ver. Entonces el santo, vuelto al Señor, dábale gracias a grandes voces de tal manera que hacía trepidar el recinto con su clamor. A tal estrépito los hermanos, que habían estado esperando a la puerta, en tropel se lanzan dentro. Admirable espectáculo: ver que vivía el que habían dejado muerto. Vuelto a la vida de este modo, al instante fue bautizado.

"No mucho tiempo después, al cruzar el campo de un tal Lupicinio, varón honorable según el siglo, percibió el clamor y llanto de una turba de gente, a la cual, como se hubiera acercado y preguntase por la causa de ese llanto, se le contestó que un siervo de la casa se había quitado la vida, ahorcándose con una soga. Informado del suceso, entra en el aposento en el que yacía el cuerpo, y arrojando fuera a la turba, se tendió sobre el cadáver y oró por algún tiempo. Luego empieza a dar señales de vida en la cara y en el brillar de los ojos, esforzándose con lentitud por enderezarse. Apoyado en la mano derecha del santo, se puso de pie y, de este modo, se acercó con él al vestíbulo de la casa, a vista de la asombrada concurrencia".

(Continuará)